

dados, que no vamos sobre aviso de lo que convenga á la defensa de nuestras personas, para si quisieran intentar alguna traicion." Al Rey le pareció muy bien el consejo de *Tlacaellé*, y así se quedó en la ciudad y fueron los principales.

Llegados que fueron á *Coyohuacan*, hallaron al Señor dél y á todos los principales con grandes cumplimientos y ofresciéndoles sus dones de todas las cosas que en su ciudad se creaban, de peces, ranas, patos y legumbres, todo en cantidad, de lo qual el Señor y principales de *Coyohuacan* mostraron mucho contento y placer, haziéndoles falsamente todas las caricias que pudieron, aposentándolos en las casas principales del pueblo, donde luego sacaron el atambor á son del qual hizieron delante dellos el baile y canto acostumbrado; despues de haber bailado les dieron una muy buena comida de diversas viandas de mucha estima. Despues de comer, en lugar de las rosas y otras cosas olorosas que suelen dar á los convidados, el Señor de *Coyohuacan* envió á los principales de México á cada uno unas ropas y atavíos de mujer, y poniéndoselos delante los mensajeros les dijeron: "Señores, nuestro señor manda que os vistamos de las ropas mujerieles, porque hombres que tantos días aquí los hemos incitado y provocado á la guerra, están tan descuidados." Ellos no pudiendo por entónces hazer ménos, se dejaron vestir, y en vistiéndoselas los enviaron á su ciudad vestidos con aquellas ropas afrentosas de mujeres, y así se presentaron delante el Rey de México contándole todo lo que habia pasado. El Rey los consoló diziéndoles que "aquella afrenta habia de resultar en más honor suyo, que no tuviessen pena porque él habia de hazer venganza muy en breve con muerte y destruccion de todos ellos, y así se declare á esos *Tepanecas* mortal enemistad, cerrándoles los caminos y poniéndoles guardas para que nadie dellos pase á nuestra ciudad sin que sea luego muerto, y pues ellos nos han hecho esta burla, bien será que ántes de la guerra la paguen con otra peor: ya sabeis quán golosos son de las viandas que se dan en nuestra laguna, lleven las guardas patos, ánsares, pescados, y todo género de cosas que se crian en nuestra laguna que ellos no alcanzan y dessean mucho, y allí á sus puertas asen, tuesten y cuezan de todo esto para que entrando el humo en su ciudad, para que con el olor dél malparan las mujeres, se descrien los niños y enflaquezcan los viejos y viejas y mueran de dentera y deseo de comer lo que les es vedado." Cuenta la historia con mucho encarescimiento que poniendo por obra el mandato del Rey de México, llevaron gran cantidad destas cosas á los términos de *Coyohuacan*, y era tanto el humo que llegaba y entraba por las calles y hazia malparir á las preñadas y daba cámaras á muchos, y á los que esto no les acaecia se les hinchaban los rostros y piés y manos de que morian. El Señor de *Coyohuacan*, viendo el daño que esto causaba, llamó á su consejero que tenia, cuyo nombre era *Cuecuetz*, y díjole, "¿qué haremos que nos destruyen éstos, ha-

ziéndonos desear estas comidas que ellos comen, viniéndonos á dar estos humazos suaves á nuestros términos, con que malparen las mujeres y padecen los demas?" Respondió *Cuecuetz* "que ya no hay que esperar sino que ganamos por la mano y salgamos al campo y yo seré el primero," en diziendo esto se vistió de presto sus armas y tomó su espada y rodela, y solo, sin compañía se fue á donde estaban las primeras guardas de México, donde desafió á los Mexicanos diziendo á grandes voces que él solo venia á destruirlos haziendo el desafio con muchas palabras injuriosas, jugando de su espada y rodela con muchos saltos á un cabo y á otro: no hubo hombre que saliese á él temiendo los Mexicanos no hubiese alguna celada, ántes con aviso mandaron hazer un andamio alto que fué hecho en un momento, y subido allí el general *Tlacaellé* miró y atalayó á todas partes si habia alguna celada, ó gente escondida, y vió que entre los carrizales salia un poco de humo, y considerando bien el ejército de los *Tepanecas* bajó y mandó que se subiesen allí las atalayas, y mirassen con gran cuidado y solicitud, si se apartaba alguna gente del ejército y hacia dónde, y á los capitanes mandó poner en órden á toda la gente de guerra y que no pasassen de allí ni moviessen pié hasta que él volviese.

Dado este aviso, se metió por el carrizal hacia donde habia visto el humo, yendo muy escondido y muy bien armado con su espada y rodela, vino á salir á unos camellones de tierra en terminos de *Culhuacan*, y mirando entre unas espadañas que allí habia, vió que estaban allí tres soldados muy bien aderezados, aunque con mucho descuido, y conociendo en sus razones ser de *Culhuacan* y no de los *Tepanecas*, salió á ellos y preguntóles quién eran; ellos sin hazer ningun *mudamiento* (*) le respondieron: "Señor, somos de *Culhuacan* y venimos á buscar nuestras vidas, y así á punto de guerra para servirnos en lo que agora quereis hazer." *Tlacaellé* les dijo: "Antes creo que sois espías de *Culhuacan* que venis á reconocer nuestro ejército para tomarnos las espaldas." Los tres mancebos sonriéndose dijeron: "Señor, los de *Culhuacan* no tratan con traiciones, sino con mucha claridad y llaneza." El les preguntó sus nombres, y ellos dijeron tres nombres diferentes de los suyos, queriendo encubrir, porque eran principales deseosos de ganar honra, mostrándose en la guerra, donde lucieran mas sus hechos cuando se descubriesen. *Tlacaellé* les dijo: "Pues, hermanos, yo soy el general del ejército mexicano, y pues venis á ganar honra, yo os quiero rogar una cosa, y es que no os aparteis de este lugar ni os vais de aquí, sino que me guardéis este paso hasta que yo vuelva; y si acaso llegaren por aquí algunos soldados de *Coyohuacan*, matadlos sin ninguna piedad, y con esto me aseguraré de la sospecha que he tenido de vosotros." Ellos se lo prometieron, y él se vino á su ejército donde halló á su Rey *Itzcohuatl* animando á los soldados y ca-

(*) El P. Durán.

pitanes, y en llegando le dió cuenta cómo había hallado tres hombres, naturales de *Culhuacan*, mancebos muy dispuestos, y contándole todo lo que con ellos había pasado, le dijo como les rogó lo esperassen allí y le guardassen aquel paso, los cuales se lo habían assí prometido.

Estando en esto, llegaron los atalayas à dar aviso como el ejército de *Coyahuacan* venia acercándose en muy buena ordenanza. *Atlaacellel* rogó al Rey se estoviesse con aquella gente, y se fuesse acercando hazia los enemigos, y les hiziesse rostro; que él queria ir con una compañía de soldados, de dos capitanes házia donde dejó los tres soldados, y ver si era gente fiel, y siéndolo, se volveria con ellos à su ejército luego, y si no remediaria la celada que allí hallasse si hubiesse alguna; el Rey le respondió que fuesse y hiziesse como valeroso, y como de su ánimo y destreza esperaba, y assí se metió por los carizales con aquella poca gente, y vino adonde había dejado los tres mancebos, à los cuales halló que le estaban esperando, como se lo habían prometido, y haciéndolos armar con divisas mexicanas, dándoles nuevas rodela y espadas, comenzaron à marchar házia *Coyahuacan* con mucho secreto, tomando las espaldas à los enemigos, donde ya el Rey de México había trabado la batalla, comenzando el combate con tanta enemistad, dañándose quanto podían, y era tanta la vozeria de una parte y de la otra, que se oia en gran trecho; estando los Mexicanos y Tepanecas en lo mejor de su contienda, no sintiéndose ventaja en los unos ni en los otros, llegó el general *Tlacaacellel* con su gente por un lado, tan à deshora, y tan de repente, apellidando *México*, *Mexico*, *Tenuchtlan*, que desmayó y turbó à los enemigos, en los cuales comenzó à herir y à matar tan sin piedad, que los hizo retirar. Los *Tepanecas* viéndose assí saltados, desampararon el campo, y yendo en seguimiento dellos, *Tlacaacellel* y sus tres compañeros hizieron tales hazañas y valentías, que no les paraba hombre delante; que huían dellos como de leones carnizeros; ibanse los *Tepanecas* à gran priesa retirando con intento de hazerse fuertes en su templo, lo qual entendido por *Tlacaacellel* y sus tres compañeros, se adelantaron metiéndose por los enemigos hasta llegar al templo, y tomándoles la entrada del uno dellos, le pegó fuego; los *Tepanecas*, viendo arder su templo, desmayaron tanto, que dejando su ciudad, se acogian à los montes, yendo los Mexicanos en su alcance, prendiendo y matando à quantos alcanzaban. Viendo los *Tepanecas* quàn mal les iba, se subieron à un monte alto, y desde allí, cruzadas las manos, comenzaron à dar voces y à pedir cesassen de matarlos y herirlos; que dejassen las armas; que ellos se daban por vencidos; que descansassen del cansancio y trabajo pasado; que tomassen huelga y aliento, y bastasse la venganza que dellos habían tomado. Los Mexicanos respondieron: "No queremos perdonaros, traidores, no ha de haber en la tierra nombre de *Coyahuacan*, este dia le hemos de asolar y echar por el suelo, porque no quede nombre de traidores que hazen juntas y provocan é incitan à las demas naciones à destruirnos." Ellos tornaron à replicar: "¿Qué ganareis en asolar? Basta lo hecho; aquí tendreis esclavos y perpetuos tributarios para quanto hubiéredes menester; piedra, madera, cal, tierras, obreros para ellas y vuestras casas, ropas, bastimentos de todo género como lo quisiéredes y mandáredes." Los

Mexicanos, porfiando en que no había remision, les respondieron en resolucion que se acordassen de las vestiduras de mujer con que los habían denostado, injuriado, y que esta afrenta no merecia perdon. Los Tepanecas, oyendo esto, dijeron que conoscián su culpa, y pidieron perdon y misericordia con muchas lágrimas, prometiendo servirles con sus personas y haciendas hasta la muerte. Entónces los Mexicanos bajaron las armas y cesaron de herirlos y matarlos, y luego mandó *Atlaacellel* retirar la gente Mexicana que andaba muy encarnizada contra los Tepanecas à los cuales habían ahuyentado mas de diez leguas de su ciudad, metiéndolos por riscos y breñas. Juntos los Mexicanos volvieron con su general à la ciudad de México, muy victoriosos y llenos de grandes y ricos despojos de esclavos, oro, joyas, rodela y divisas de ricas plumas, ropas y otras muchas cosas de gran precio y valor. *Tlacaacellel* y sus tres compañeros usaron con esta guerra de un ardid, y fué que à todos los presos que iban captivando, les cortaban una guedeja de cabellos y los entregaban à la gente comun para que los guardassen; hizieron esto para conocer el número de gente que ellos solos habían captivado, los cuales fueron dos tantos de los que captivaron todos los demas juntos; en esta ventaja quedaron tan honrados y en reputacion de valerosos, que solo este nombre les fuera bastante premio y galardón de su trabajo, y ellos lo tuvieron por suficiente satisfaccion, pero no obstante esto, el Rey *Itzcohuatl* los premió y aventajó à todos los demas en la particion de las tierras y despojos de *Coyahuacan*, siendo siempre el mas preferido el valeroso *Tlacaacellel*, à quien con razon tenían por total causa y author de la prosperidad y ensalzamiento de su nacion, porque este cuidado tuvo siempre la nacion Mexicana de premiar muy entero à los hombres de valor, que en las guerras se señalaban, y à los que se daban à la virtud; como en el progreso desta relacion en muchas partes se podrá advertir.

Con esta victoria y la de *Azcaputzalco* quedó la gente Mexicana muy ensalzada, y temida de todos los demas por haber ya rendido y avasallado la nacion Tepaneca, que como queda referido, era la mas valerosa y en quien estaba el señorío de toda esta tierra, por lo qual estaban ya muy briosos los Mexicanos y los pensamientos muy encumbrados, y assí comenzaron à tratar de tomar títulos y renombres de señores que son equivalentes à lo que otras naciones llaman Duques, Condes, Marqueses, Adelantados, Almirantes, etc. Y para ponerlo en ejecucion tomó la mano *Tlacaacellel* y proponiéndolo al Rey *Itzcohuatl* con la traza que se había de hazer, porque las tenía muy buenas, que demas de ser tan animoso era en igual grado ingenioso y hábil, y por esto mientras vivió (que fué mucho tiempo) siguieron infaliblemente sus consejos, teniéndole todos los Reyes que alcanzó por oráculo y coadjutor de su gobierno. Oyendo pues el Rey la demanda de *Tlacaacellel* se la concedió de muy buena gana, y tomando su parecer hizo señores y grandes en su Reyno, desta forma. Primeramente ordenaron que siempre se guardasse este estatuto en la corte mexicana, y es que despues de electo Rey en ella, eligiessen quatro señores, hermanos ó parientes mas cercanos del mismo Rey, los cuales tuviessen ditados de prínci-

pes: los ditados que entonces dieron á estos quatro el primero fué *Tlacochealcatl*, compónese de *Tlacohtli* que quiere dezir *dardo* ó *vara arrojadiza*, y deste nombre *calcatl*, que significa dueño de alguna casa, y assí *Tlacochealcatl*, significa el *príncipe de la casa de las lanzas arrojadizas*. El segundo ditado fué *Tlacatecatl*, compónese de *Tlacatl* que es *persona* y deste verbo *tequi* que quiere dezir *cortar* ó *cercenar*, de manera que *Tlacatecatl* querrá dezir *cortador* ó *cercenador de hombres*. El tercero ditado fué *Ezhuahuacatl*, compónese de *eztli* que es *sangre* y deste verbo *huahuana*, que es *arañar* ó *rasguñar*, de suerte que *Ezhuahuacatl* significa *derramador de sangre arañando ó rasguñando*. El quarto ditado fué *Tlillansalqui*, compónese de *Tlilli* que es *Tizne* ó *Negrura*, y de *Calli* que es *casa*, assí es que *Tlillansalqui* querrá dezir *el señor de la casa de la negrura*, era este título muy honroso porque la *tizne* ó *negrura* les servian en sus idolatrias y habia ídolo de ella, como en su lugar se dirá.

Despues de electos estos quatro con estos ditados de príncipes, los hazian del consejo supremo, sin parescer de los quales niuguna cosa se habia de hazer, y muerto el Rey, habia de ser electo uno destos quatro para sucesor del Reyno, y no otro alguno, porque como queda referido, nunca heredaron los hijos de los Reyes los señoríos, sino por eleccion daban el Reyno á uno destos quatro príncipes, á los quales tampoco heredaban sus hijos en estos ditados y cargos; sino que muerto uno escogian otro en su lugar al que les parecia, y con este modo siempre tuvo este Reyno muy suficientes hombres en sus Repúblicas, porque elegian los mas valerosos. Electos estos quatro, dieron otros ditados á los demas principales y capitanes, segun el valor y ánimo de cada uno, que por evitar prolijidad no se ponen aquí, pues de los ya dichos se puede inferir el orden de los demas ditados, con que quedó el Reyno mexicano en mas orden y muy ensalzado.

Estando ya en este punto la nacion Mexicana, los de *Xuchimilco*, provincia muy grande, populosa y abastada de bastimentos y riquezas, viendo á sus vecinos y amigos los *Tepanecas*, rendidos y avasallados, temieron no les acaeciese otro tanto, y assí sin ocasion alguna comenzaron á inquietarse, de manera, que de ordinario estaban con sobresalto de lo que á los Mexicanos no pasaba por pensamiento, ántes los regalaban y trataban con mucho amor, yendo con grande amistad y seguridad á los mercados, tratando y contratando con toda llaneza; pero no fué esto bastante para que los de *Xuchimilco* se sosegasen, ántes creciendo cada dia mas su inquietud, causada de sola su imaginacion, hazian sus congregaciones donde unos eran de parescer que se entregasen á los Mexicanos sin guerra, y otros que no, sino que diessen guerra á los Mexicanos. En esta parcialidad hubo uno que habló tan soberbiamente y con tanto ánimo, que al fin persuadió á toda la congregacion, que les diessen guerra, y assí con esta determinacion comenzaron los de *Xuchimilco* á dar muestras con obras y palabras de mortal enemistad, lo qual dissimuló el Rey mexicano, convidándoles siempre con la paz y amistad, hasta que llegó á tanto el atrevimiento de los de *Xuchimilco*, que determinó el animoso *Itzcohuatl* salir

al campo con ellos, y assí hizo reseña el valeroso capitán general *Tlacacllel*, de todos sus soldados y capitanes, á los quales puso en orden, diziéndoles una plática de mucha elegancia (como él lo sabia bien hazer) dándoles avisos y ardidés grandes de guerra, que en esto fué muy ingenioso y astuto: tomando licencia de su Rey, comenzó á marchar. Los contrarios, sabiendo que el ejército Mexicano se movia, no ménos se apercebieron y pusieron en orden, á los quales su señor y cabeza principal hizo un parlamento, diziéndoles "que vergüenza era que quatro gatos como los Mexicanos, gente vil y de poca estimación, hubiessen prevalecido contra los mayores señores y mas lucida gente de la tierra, deudos y parientes suyos, y que allí delante dellos y en su presencia se estuviessen gloriando dello, por tanto, que cobrassen ménos ánimos y corajes de fieras, y destruyessen á toda aquella nacion." Salieron los de *Xuchimilco*, movidos con esto, con grandísimo ánimo, ataviados con ornatos de guerra muy preciosos, por ser gente muy rica y de valor. Viniéronse á juntar ambos ejércitos á un campo espacioso, donde partian términos los unos con los otros. Donde el valeroso *Tlacacllel* comenzó á distribuir sus capitanes con gran aviso y discrecion, y esotros, confiados en la multitud de sus soldados, acometieron de tropel no curando de mucho orden: por cuya causa brevemente los desbarató el ejército mexicano, con poca pérdida de su gente, haziendo gran matanza en los contrarios, los quales viendo el campo lleno de muertos suyos, comenzaron á retirarse á gran priesa y los Mexicanos á seguirlos, los quales los ahuyentaron hasta que los de *Xuchimilco* se metieron en la ciudad, y no cesando los Mexicanos de herir y matar en ellos, les hizieron acoger á su templo, donde luego pegaron fuego los Mexicanos, y ahuyentándolos más los fueron siguiendo hasta los montes. Iban los capitanes y señores de *Xuchimilco* tan fatigados, que determinaron rendirse pidiendo misericordia, y assí se asomaron por un cerrillo bajando á los Mexicanos las manos cruzadas, prometiéndoles sus tierras y perpetua servidumbre, y aunque para mas espantarlos se hazia un poco rehacio y sordo el general *Tlacacllel*, pero al fin, viéndolos llorar, compadeciéndose dellos, y luego hizo señal con un atambor pequeño que traia pendiente á las espaldas, y luego todos los soldados bajaron las armas y cesó la guerra, de la qual vinieron muy contentos y ufanos con grandes despojos y captivos ante su Rey *Itzcohuatl*, el qual los salió á rescibir con grandísimo aparato, trayendo consigo á todas las dignidades y sacerdotes del templo, de los quales unos tañian diversas flautas, y otros incensaban á *Tlacacllel* y á sus capitanes, los quales entrando con muchos presos delante, ellos con todos sus despojos, y acompañando á su Rey se fueron al templo á dar gracias á su Dios con muchas ofrendas de esclavos, ropas y joyas por las victorias que les daba. Hubo aquella noche en la ciudad tantas lumbreras, que parecia medio dia, y hizieron grandísima fiesta y baile. El dia siguiente fué *Itzcohuatl* á *Xuchimilco* con todos sus capitanes y soldados, donde fué rescibido con grandísimo triumpho de los vencidos, y allí, despues de haber comido y descansado, repartió las tierras de *Xuchimilco* á los suyos, mejorando siempre al gran capitán *Tlacacllel* y á los demas segun sus méritos, como ya queda dicho. Entónces los de *Xuchimilco* comenzaron á llorar diziendo que era merecido verse desposeidos, y que justamente pagaban su